

## HOMBRES CONTRA LA VIOLENCIA DE GÉNERO: REPLANTEANDO LA MASCULINIDAD EN GUATEMALA<sup>1</sup>

*Sarah England*

Correo electrónico: *SEngland@soka.edu*

Recibido: 26/6/12 Aceptado: 8/11/12

### Resumen

El objetivo de este artículo es entender cómo los hombres activistas que participan en campañas contra la violencia de género en Guatemala interpretan las causas de este tipo de violencia, el papel que desempeña la masculinidad en su perpetuación, así como cuál es la mejor manera de comunicar estas ideas a otros hombres. La investigación se basó en entrevistas a ocho hombres involucrados en activismo de equidad de género en Guatemala y en la observación de talleres enfocados a propagar la igualdad de género dirigidos a estudiantes de escuela primaria y a estudiantes universitarios. El estudio demostró que la interpretación de la violencia de género de los activistas era muchas veces compleja y matizada, y que reconocía no solo cómo la violencia está relacionada con la inequidad entre hombres y mujeres, sino también cómo esta se ve perpetuada por desigualdades entre hombres, las cuales crean una cultura masculina de silencio al respecto.

Palabras claves: Masculinidad, Guatemala, violencia de género, feminidad, talleres de equidad de género.

### Abstract

The purpose of this paper is to understand how men in Guatemala who are active in campaigns against gender violence analyze the causes of this type of violence, the role that masculinity plays in perpetuating it, and how to best convey those ideas to other men. The research consisted of interviewing eight men in Guatemala who are involved in gender equality activism as well as the observation of gender equality workshops conducted with primary school and university students. The study found that the activist men's analysis of gender violence was often complex and nuanced, recognizing not only how it is related to inequality between men and women, but also how it is perpetuated by inequalities between men, creating a masculine culture of silence about it.

Key words: Masculinity, Guatemala, gender violence, femininity, gender equality workshops.

## Introducción

Uno de los diarios más populares de Guatemala es *Nuestro Diario*. Su portada generalmente contiene imágenes de policías y transeúntes curiosos que rodean el cadáver de alguna de las 20 personas asesinadas en promedio por día en el país. Por esta razón, los guatemaltecos aluden a este periódico como “Muerto Diario”, ironizando así tanto su tendencia sensacionalista como la cruda realidad de las altas tasas de muertes violentas en el país que, según muchos, incluso superan las tasas medias anuales durante la Guerra Civil.

Las tasas de mortalidad en este país han llegado a ser tan altas que cada cierto tiempo *Nuestro Diario* publica cuántas personas han sido asesinadas en lo que va del año. Por ejemplo, la edición del 23 de agosto de 2010 señalaba que 4.051 personas habían sido asesinadas en Guatemala durante ese año, la mayoría asesinados por armas de fuego, armas blancas, o asfixia. De esta cifra, alrededor del 13% de las víctimas eran mujeres, el resto hombres.

El hecho de que el número de muertos haya sido desglosado tomando en cuenta el sexo de la víctima y el tipo de asesinato es probablemente resultado de la campaña contra el femicidio en Guatemala, así como de la creciente conciencia en torno al tema. El concepto de “femicidio” describe el asesinato de mujeres debido a su condición de mujeres (Russell y Harmes, 2001; Trujillo, 2010). Es decir, los asesinatos no fueron simplemente el resultado de crímenes al azar (robo de autos, robo simple, tiroteos, etc.), sino que fueron cometidos específicamente a causa del sexo de la víctima y, muchas veces, como es frecuente en el caso de violencia en contra de las mujeres, por personas que las conocían (Sagot y Carcedo, 2010). Mucha de la evidencia que demuestra que los asesinatos de mujeres no son solo el resultado de la delincuencia en general, sino también de motivos de género, es que sus cadáveres a menudo muestran signos de tortura y violencia sexual. Los hombres, por su parte, suelen ser asesinados por tiros de gracia, evidencia según algunos de que los motivos no se relacionan con el género, sino más bien con lo económico (robo, ajuste de cuentas, rivalidad entre pandillas, etc.) (Prieto-Carrón, *et al.*, 2007; Sanford, 2008).

Esta definición de femicidio como asesinato de mujeres forma parte de un movimiento más grande en Guatemala y otros países centroamericanos para reconocer, nombrar y hacer visible la violencia contra las mujeres como violencia de género (Consejo Centroamericano de Procuradores de Derechos Humanos, 2006; Fregoso y Bejarano, 2010). Es decir, lo que se pretende es demostrar que la desigualdad de género en general, y la violencia contra mujeres en particular, no es simplemente el resultado de la pobreza, la delincuencia y la impunidad, sino que siguen patrones específicos que son producto de las ideologías de género y de las estructuras sociales de desigualdad que tienen ya larga historia en el país (Carey y Torres, 2010; Forster, 1999; Menjivar, 2011). En Guatemala, como parte de un movimiento más grande de mujeres surgido a raíz de los procesos de paz en la década de los noventa, se han creado una serie de organizaciones gubernamentales y no gubernamentales con el fin de abordar los problemas de desigualdad de género, violencia doméstica y, actualmente, de

femicidio. Estos grupos trabajan para empoderar a las mujeres tanto económica como políticamente mediante una reforma a la legislación desde una perspectiva de género feminista, así como a través de campañas nacionales para generar conciencia sobre temas relacionados con la mujer (Berger, 2006; Godoy-Paiz, 2008; Walsh, 2008).

Aunque las publicaciones de estadísticas sobre las víctimas de asesinato registran un creciente número de asesinatos de mujeres en la región, este tipo de publicaciones no suele brindar estadísticas sobre el sexo del asesino. Es posible que esto se deba al bajo número de delitos resueltos en Guatemala y a la falta de información sobre los autores de los delitos. Sin embargo, la suposición más probable es la de que los asesinos sean en su gran mayoría hombres. De hecho, en los artículos que reportan muertos, es muy común que se haga alusión a “los desconocidos”, a “dos hombres” e incluso a “el autor”, aun cuando no existan testigos del asesinato.

Tal y como Lancaster (1992) argumenta, la masculinidad en América Central está íntimamente ligada a las nociones de violencia. Lancaster respalda esta afirmación con un análisis de la frase “hacerle verga”, donde se utiliza la jerga del pene para referirse a quien se le lastima o se le da una paliza, y que sugiere que el pene y el hombre conectado a él son naturalmente violentos. Cuando este tipo de violencia está dirigida hacia las mujeres es cuando se le considera violencia de género, pues se asume que la motivación de la violencia proviene de las ideologías sobre masculinidad y feminidad que justifican la dominación del hombre sobre la mujer.

Lo que muchas veces queda sin examinar, sin embargo, es si la violencia masculina entre hombres también puede ser considerada como un signo de violencia de género influenciada por las mismas ideologías machistas que influyen en la violencia contra las mujeres. De hecho, no solamente se supone que la mayoría de la delincuencia violenta es cometida por hombres, sino que también está documentado que la mayoría de las víctimas de asesinatos son hombres (un promedio de 90% al año en Guatemala). Esto sugiere que la violencia entre hombres no puede ser considerada como un fenómeno neutral con respecto a temas de género (Salas, 2002). Por esta razón, académicos en el campo emergente de los estudios sobre la masculinidad sostienen que es importante estudiar la construcción social de la masculinidad para entender cómo esta afecta las relaciones de poder no solo entre hombres y mujeres, sino también entre los mismos hombres. De la misma manera en que la investigación feminista ha hecho hincapié en la separación analítica entre el sexo (nacer macho o hembra) y el género (los comportamientos asociados con los ideales culturales de masculinidad y feminidad), los estudios sobre la masculinidad reconocen que haber nacido macho no convierte a un hombre en un ser violento, sino que este comportamiento es aprendido y promovido por la sociedad (Kimmel y Messner, 2004; Kimmel, Hearn y Connell, 2005).

Sin embargo, el aprendizaje de la masculinidad no sucede para todos los hombres de la misma manera. Así como existen múltiples feminidades, también existen múltiples masculinidades, incluyendo hombres que renuncian a algunos de los privilegios del “dividendo patriarcal”. El ejemplo más obvio de estos son los travestis y otros hombres exageradamente afeminados. Pero también existen otros hombres que escogen no seguir todos los dictados de la masculinidad hegemónica, por lo menos en

lo que respecta a la violencia contra las mujeres. Por eso es importante entender todos los procesos que influyen en la construcción social de la masculinidad y los resultados diversos que estos procesos culturales producen.

En las últimas dos décadas, algunos hombres han cuestionado los dictados de la masculinidad hegemónica y, con base en ello, han creado organizaciones internacionales como la Campaña del Listón Blanco y *Men Engage* que intentan educar a otros hombres acerca de cómo detener la violencia. Estos programas comenzaron como esfuerzos para concientizar a los hombres sobre la violencia contra la mujer, pero también han empezado a preguntarse si las formas de violencia entre hombres también podrían considerarse ejemplos de violencia de género. Por ejemplo, cuando un actor masculino (sea hombre o mujer) domina a personas afeminadas o feminizadas (sean hombres o mujeres), esta dominación puede interpretarse como fundada en el género, puesto que la motivación de la violencia tiene que ver más con el comportamiento de la víctima que con su sexo (Ferguson *et al.*, 2005). Al usar esta definición más amplia de violencia de género pueden incluirse en ella casos en que hombres actúan de forma violenta contra otros hombres que ellos consideran afeminados, o por lo menos no muy masculinos, lo que hace aún más urgente un replanteamiento de las ideologías culturales detrás de la noción de masculinidad, no solo para eliminar la violencia contra mujeres, sino también para detener la violencia entre hombres (Salas y Campos, s.f.).

En Guatemala, este tipo de movimiento por medio del cual los hombres cuestionan los dictados de la masculinidad se encuentra todavía en sus inicios. En conversaciones con activistas y otras personas, el tema de “la violencia basada en género” sigue siendo visto como sinónimo de “violencia contra la mujer.” La mayoría de los esfuerzos de campañas educativas, de ayuda para las víctimas de la violencia y de reforma legal se han dirigido a las necesidades específicas de las mujeres. Esto es por supuesto necesario, dado el hecho de que el Estado históricamente ha considerado la violencia doméstica y el abuso sexual hacia la mujer como algo “de poca monta” (Red de la no Violencia contra la Mujer, 2006; England, por publicar). Sin embargo, como Chant y Gutmann (2000) sostienen, los esfuerzos por lograr la igualdad de género y detener la violencia contra las mujeres deben incluir a los hombres o corre el riesgo de tener solo la mitad de la población mundial a bordo.

Una organización que está tratando de trabajar con los hombres en la toma de conciencia sobre la desigualdad de género y la violencia en Guatemala es Mujeres Iniciando en las Américas (MIA), fundada por la activista guatemalteca Lucía Muñoz en 2005. Su objetivo principal es contribuir a detener la violencia contra las mujeres mediante la realización de talleres con niños en edad escolar, estudiantes universitarios, e incluso cadetes de la policía, utilizando el manual preparado por la Campaña del Listón Blanco.<sup>2</sup> Siguiendo la filosofía de esta Campaña, MIA utiliza específicamente a hombres como facilitadores del taller, basándose en la idea de que un facilitador hombre está mejor capacitado para llevar el mensaje a otros hombres.

Después de asistir a una delegación en Guatemala con MIA en julio de 2008, se investigó la manera en que los hombres activistas contra la inequidad de género analizaban y hablaban de la violencia de género a los estudiantes que asistieron a

estos talleres. Posteriormente, en 2009 se realizó la investigación en Guatemala, la cual comprendió dos partes. La primera parte consistió en observar los talleres realizados por MIA con niños de cuarto a sexto grado (10-14 años de edad) en una escuela ubicada en la Zona 18<sup>3</sup> de la Ciudad de Guatemala, así como un taller realizado con estudiantes de la Universidad de San Carlos (USAC). El taller de Listón Blanco consistía de 10 sesiones en las que los estudiantes respondieron preguntas por escrito, seguido de una discusión colectiva. Con el permiso de MIA, se recolectaron los formularios escritos para hacer un análisis cuantitativo de las respuestas. Asimismo, se tomó nota de la discusión. Luego se analizaron las respuestas escritas y orales para entender cómo los estudiantes articularon los estereotipos de la masculinidad y la femineidad hegemónica y qué opinaron de ellos. Finalmente, se observaron las estrategias usadas por los facilitadores para hacerles pensar de una forma crítica sobre los estereotipos y, especialmente, sobre cómo estos contribuyen a la violencia de género.

La segunda parte de la investigación consistió en entrevistar a los tres facilitadores masculinos de los talleres y a cinco hombres más que también trabajaban en activismo de equidad de género. Los entrevistados oscilaron entre 25-50 años de edad. Todos tenían algún nivel de educación universitario y vivían en Ciudad de Guatemala. Además eran ladinos heterosexuales, con la excepción de un hombre indígena y un hombre gay. Los contactos de los tres facilitadores de Listón Blanco se obtuvieron por medio de Lucía Muñoz, y los demás a través de amigos que trabajaban en derechos humanos. Todas las entrevistas se llevaron a cabo en Ciudad de Guatemala en agosto de 2009 y duraron entre 1 y 2 horas.

Las preguntas de las entrevistas fueron formuladas con el fin de analizar 1) su comprensión de los hombres activistas acerca cuál es la base de la desigualdad de género, 2) la conexión entre violencia contra mujeres y violencia en general, y 3) las estrategias que ellos utilizan en la transmisión de su entendimiento con otros hombres (Ver Apéndice).

En el análisis que sigue, se muestran tres marcos de referencia que los hombres utilizaron para entender las causas de la violencia de género: la división sexual del trabajo, la objetivación sexual de las mujeres y las múltiples masculinidades. Al ir de uno a otro, se muestra cómo esos marcos se vuelven más complejos, rompiendo binarios simplistas y reconociendo una multiplicidad de factores que ayudan a mantener el silencio masculino alrededor de la violencia de género.

Estos hombres ven la violencia contra las mujeres como un problema causado en gran parte por el patriarcado y el machismo, pero también reconocen que la masculinidad puede manifestarse de muchas maneras, muchas veces influenciadas por otras jerarquías de poder, lo que crea complejas redes de dominación y victimización que pueden provocar mucha de la violencia entre los hombres. Desde esta visión, algunos analizan los dictados de la masculinidad hegemónica no simplemente como un conjunto de privilegios que se adhieren a los hombres que los adoptan, sino también como un conjunto de restricciones y cargas que a menudo son tan perjudiciales, tanto para los hombres como para las mujeres. Un análisis que reconozca la manera en que la violencia de género afecta tanto a mujeres como a hombres en diversas formas



contribuirá a la creación de un mensaje que considere la igualdad de género como un proyecto colectivo en el que los hombres no solo renuncien a ciertos privilegios, sino que también encuentren beneficios mediante la construcción de una sociedad mejor para todos.

### **La dualidad de género: Hombres contra mujeres en la división sexual del trabajo**

En una revisión de cómo el tema de la masculinidad se ha tratado en los estudios feministas, Judith Gardiner (2005) sostiene que durante mucho tiempo los estudios de las estructuras sociales, la psicología, la sexualidad, etc. apuntaban a un modelo de dominación masculina y de impotencia femenina, o lo que Holter (2005) llama “la jerarquía de género directa”. Según este modelo, todos los hombres tienen la posibilidad de ejercer el privilegio masculino simplemente por haber nacido “machos” y por seguir los comportamientos de los dictados de la masculinidad hegemónica (es decir, el género masculino). Las mujeres, por su parte, siempre están en una posición de impotencia (en relación con los hombres en su conjunto) por haber nacido “hembras”, independientemente de su comportamiento (o sea si escogen comportarse de acuerdo con los dictados de la feminidad o no). El avance en este modelo está en reconocer que los roles sociales y las conductas de género se aprenden, en vez de ser inherentes a los cuerpos de hombres y mujeres, lo que establece una distinción analítica entre el sexo y el género. No obstante, lo que este modelo no cuestiona es si la masculinidad siempre se manifiesta de forma homogénea, y si siempre se experimenta como un poder y un privilegio por todos los hombres.

En las entrevistas con los hombres que trabajan para promover la equidad de género, muchos de ellos articularon este modelo de jerarquía de género directa en sus explicaciones sobre las causas de la desigualdad de género, culpando mayormente a la división sexual del trabajo que impide que las mujeres gocen de las mismas oportunidades económicas y educativas que los hombres. Por ejemplo, Oscar, uno de los entrevistados entre los veinte y treinta años de edad que trabaja en derechos humanos y estudia ciencias políticas en la USAC se expresó sobre esto de la siguiente manera:

*Los hombres tienen las oportunidades. Aquí el que tiene carro es hombre; el que maneja las finanzas en la casa es hombre; el que lleva muchas veces supuestamente el sustento es hombre. Entonces eso lo hace sentirse en ese privilegio; sentirse como él es el que lleva el dinero, como él es el que mantiene a los hijos; sin ver, claro, todo lo que hace la esposa o la madre. Porque de igual manera la mujer educa, enseña valores, en otros casos lleva el sustento a su casa, le toca a veces jugar el papel de papá. Entonces eso es lo que hace que ellos, o que nosotros nos sintamos empoderados para decir “yo tengo ese privilegio”.*

Oscar describe lo que las feministas denominan el “pacto patriarcal”, fenómeno muy común en Centroamérica. Este consiste en que las relaciones desiguales de género en el hogar se basan en un pacto entre el esposo y la esposa, de tal manera que

mientras el hombre trabaja y apoya a la familia (o sea es un “marido cumplido” o un “hombre responsable”), la mujer tiene la obligación de permanecer en el ámbito doméstico, ser sexualmente fiel, y someterse a su autoridad (aunque esta sea reafirmada violentamente). Si el hombre cumple con sus obligaciones económicas como cabeza de familia, se considera socialmente aceptable que él tenga amantes, beba con sus amigos, controle la movilidad de su esposa, reciba los servicios domésticos y sexuales de ella, y participe en otras conductas que se consideran machistas. Solo cuando estas actividades comienzan a afectar su papel como un “hombre responsable”, es cuando la mujer gana el apoyo social para quejarse o dejarlo. Si bien esto describe principalmente las relaciones de género dentro del hogar, también puede limitar la capacidad de las mujeres para obtener el “permiso” para trabajar fuera del hogar (para el caso de Guatemala ver Bastos, 2000; para Costa Rica Chant, 2000; y para Nicaragua Hagene, 2008).

De hecho, en uno de los primeros ejercicios que realizan los alumnos de la Campaña del Listón Blanco en que se les pide una lista de “los papeles que la sociedad da a hombres y mujeres” mediante la respuesta a las frases “las mujeres deben...”, “las mujeres no deben...”, “los hombres deben...” y “los hombres no deben...”, las respuestas más comunes estaban relacionadas con la división sexual del trabajo (alrededor del 63%). Los estudiantes apuntaron que únicamente los hombres deben tener trabajo y educación, así como que solo las mujeres deben hacer las tareas domésticas y tener un papel en las actividades directamente relacionadas con la reproducción. Es importante señalar que el ejercicio pide a los participantes una lista de lo que la sociedad dice que los hombres y las mujeres deben o no hacer, no de lo que ellos personalmente creen. De hecho, aunque las respuestas de los estudiantes reflejan en gran medida los estereotipos dominantes sobre la división sexual del trabajo en Guatemala, cuando se les pidió discutir las respuestas y su situación personal, era evidente que había una variación mucho más grande. Según comentaron durante la discusión en el taller, muchas de las familias de los estudiantes tienen madres que trabajan, padres que ayudan con las tareas domésticas y niños de ambos sexos que cocinan, cuidan a sus hermanos menores y barren. Prueba de que esta realidad compleja existe en Guatemala es el estudio realizado por Bastos (2000) en el que este entrevistó a parejas casadas que viven en Ciudad de Guatemala y encontró que el modelo hegemónico del hogar patriarcal, con un padre autoritario y una esposa sumisa, no es el único presente. A pesar de que todos sus entrevistados estaban conscientes de este modelo y de que se refirieron a él de alguna manera, las verdaderas relaciones del poder de género eran más complejas, y eran el resultado de una gran variedad de circunstancias y niveles de negociación entre los esposos y esposas.

La evidencia extraída de los ejemplos personales dados por los estudiantes en los talleres, así como de los ejemplos de las familias en el estudio de Bastos, indica que no todas las familias guatemaltecas viven de acuerdo con la división sexual del trabajo tradicional. Este hallazgo es a menudo visto como una señal de que la igualdad de género va en aumento. Por ejemplo, varios hombres en Guatemala durante el trabajo de campo preguntaron sobre el tema de esta investigación. Cuando se les explicó el proyecto, dijeron que ellos no eran machistas ya que ayudan a sus esposas

con las tareas del hogar (lavar los platos es el ejemplo favorito). Aunque esto puede parecer una medida menor en lo que a igualdad de género se refiere, para muchos de los entrevistados era realmente una experiencia que elevaba su conciencia y crítica de la desigualdad de género más allá de la simple división sexual del trabajo. Por ejemplo, tres de los entrevistados, Bernardo, un director de documentales de aproximadamente cincuenta años; Jorge, un trabajador de los derechos humanos entre sus veinte y treinta años; y Oscar, dijeron haber crecido en hogares en los que era normal para ellos hacer tareas domésticas, y que estas prácticas diarias contribuyeron a su disposición de aceptar la igualdad de género fuera de la casa. Así lo explicó Bernardo:

*El hecho de haber sido formados en un hogar en donde nos ponían a lavar trastos, a lavar nuestra ropa, hacer el oficio, y habiendo hermanas también, eso nos fue creando la visión de que el hombre no necesariamente es el ser superior en la sociedad, sino que hay igualdad de condiciones. Y ya cuando nos involucramos en el movimiento revolucionario [durante el conflicto armado], pues ya se traía esa mentalidad en cuanto a la visión de la participación de la mujer. No quiere decir eso que en las organizaciones revolucionarias no se viera la desigualdad de género, pero habían enseñanzas orientadas hacia buscar la igualdad en general; entonces se iba formando el pensamiento de que los patrones machistas en los que hemos sido formados no necesariamente deberían seguirse produciendo, sino se debería buscar cómo equilibrar un poco las fuerzas entre el hombre y la mujer.*

Los comentarios de Bernardo coinciden con muchas de las investigaciones sobre el ascenso de los movimientos de mujeres en Centroamérica, especialmente de aquellos que surgieron de las experiencias de conflictos armados y otras formas de activismo político (Babb, 2001; Berger, 2006; Kampwirth, 2004). Estos acontecimientos se centran generalmente en las experiencias de las mujeres y muestran cómo su participación en estos movimientos ha contribuido a crear una conciencia de desigualdad de género y de su capacidad como mujeres, pues les dio experiencia en roles públicos como organizadoras y activistas. Los hombres a menudo se mencionan como jugando papeles contradictorios en este proceso: por un lado como los camaradas que les animaron a involucrarse en los conflictos armados, y por otro como maridos celosos que las enviaron de vuelta a la cocina una vez que la lucha había terminado. Como Bernardo apuntó, “ser miembros de organizaciones revolucionarias en algunos aspectos nos ha dado una visión diferente que nos permite ver la sociedad desde el punto de vista de los demás, abriendo nuestras mentes a otras formas de desigualdad”. Sin embargo, como muchos estudios de los movimientos de mujeres en Centroamérica han demostrado, la defensa de los derechos de las mujeres para obtener educación, tener oportunidades laborales y participar en la política no siempre ha conducido a transformaciones en el hogar (Montoya, 2003).

Oscar se crió en una situación familiar que refleja esta contradicción. Su padre y su madre provienen de una larga herencia de revolucionarios importantes y Oscar creció con esta cultura revolucionaria. Sin embargo, cuando él tenía nueve años, su padre abandonó a su madre y la dejó sola con tres hijos. A pesar de esta



situación, su madre continuó su trabajo de activismo, dejando parte de la carga del trabajo doméstico a los niños:

*Yo vivo en una cultura muy machista que hasta la fecha luchó por no tener actitudes de ese tipo. Aprendí lo malo, entonces puedo aprender el bien. Mi madre, en ese sentido, desde pequeños nos tenía involucrados en ese rol. Mi hermana llegaba a veces a las 5 de la tarde del colegio y los que estábamos desde el medio día éramos mi hermano y yo; entonces quienes le servíamos la comida a ella éramos nosotros. Es un papel tal vez inverso de roles que tenemos ahí, pero que no nos permitieron en ningún momento irnos de la realidad, de la realidad de igualdad de géneros.*

En el caso de Oscar, la experiencia de hacer los oficios de la casa y de ver a su madre privilegiar a su hermana con una educación en vez de ponerla a realizar trabajos domésticos para sus hermanos, aunado al hecho de haber crecido con una madre activista/feminista, contribuyó a crearle una conciencia crítica sobre la desigualdad de género.

Otro entrevistado, Eduardo, uno de los maestros de escuela primaria que facilita el taller de la Campaña del Listón Blanco, se crió en un hogar evangélico tradicional donde la división sexual del trabajo estuvo tradicionalmente marcada. Él cuenta que no desarrolló una conciencia de desigualdad de género sino hasta entrados sus veinte años. Al igual que otros, sin embargo, atribuye su momento de conciencia a tener que hacer lo que normalmente se ve como el trabajo de las mujeres cuando su madre cayó enferma:

*Mi conciencia nació de pura casualidad. Fue porque mi madre se enfermó en ese tiempo y nos pidió ayuda para que nosotros pudiéramos ayudarla en las tareas de la casa. Y yo, entonces, al empezar a hacer los oficios, a ponerme un tanto en el papel de la mujer, yo dije: “¡Wow! Esto es un trabajo, trabajo”. Yo pensé: “es muy injusto lo que yo mucho tiempo había hecho con mi madre”. Por ejemplo, a los diecisiete yo casi jugué fútbol profesionalmente; entonces llegaba con mi ropa sucia y se la tiraba ahí y a ella le tocaba lavarla a mano. Pero la ropa que es de fútbol ahora yo la lavo. Yo soy más consciente de todo porque yo sé lo que cuesta. Cuando el hombre no está consciente de lo que cuesta ser mujer en Guatemala, no tiene la conciencia.*

El poder transformador de “ver las cosas desde el punto de vista de los demás” fue un tema constante a lo largo de las entrevistas. Para muchos de los entrevistados esto se ejemplifica sobre todo cuando se ven llamados a hacer las tareas domésticas, a ver a las mujeres asumiendo el papel de cabeza de familia, o a tener que apoyar en las tareas sin distinción de sexo. Así, mientras que la agenda de la igualdad de género de las familias de Oscar y Bernardo fue más directa, en el caso de Eduardo y otros esta se debió a que las madres tuvieron que poner a sus hijos a hacer las tareas domésticas por necesidad. Sin embargo, Eduardo también argumentó que su experiencia, tanto en su casa como con sus alumnos, le había enseñado que a veces las madres son tan firmes en la aplicación de la división sexual del trabajo dentro y fuera de la casa como los padres. Los entrevistados se refirieron a esto mediante un dicho guatemalteco: “macho se escribe con ‘m’ de mamá”. Por ejemplo, Eduardo explicó cómo él tuvo que cambiar no solamente su propio modo de pensar sino el de su madre también:

*Por ejemplo, de pequeña mi hermana barría, planchaba para nosotros; ella era la que cocinaba para todos, y mi madre también. Y nosotros los hermanos no a la cocina. Era como (...) algo poco varonil. Y en esa forma entonces yo le decía a mi mamá: “Mire usted me crió tantos años de esa manera, y ahora [que necesitas mi ayuda en la casa] espéreme, deme chance que yo tenga la oportunidad de asimilarlo. Me acostumbré veintitrés años [a] dejar los platos en la mesa y no lavarlos”. Y es así como entonces empecé a concientizarme de que hay necesidad de educar también a las damas en esa área. Porque muchas veces es la mamá quien dice a sus hijos: “no puedes cocinar, no puedes lavar trastos”, etc.*

Basado en este análisis de la desigualdad de género, fundamentada principalmente en la división sexual del trabajo y en el poder transformador del intercambio de roles, Eduardo y Gilberto, otro profesor de la escuela primaria en donde se realiza el taller de la Campaña del Listón Blanco, participan en actividades con los alumnos para enseñarles que estos roles de género no son más que construcciones sociales. Por ejemplo, los dirigentes del taller usan el primer ejercicio de la Campaña llamado “La vida en un cajón” para crear debates sobre la diferencia entre sexo y género, es decir, sobre qué aspectos de las niñas y los niños son físicamente diferentes (sobre todo en lo que respecta a la biología reproductiva), y sobre cuáles son simplemente roles y estereotipos establecidos por la sociedad. Los facilitadores hacen hincapié en que tanto las niñas como los niños están limitados en un patrón de comportamiento según el “cajón” de género (por ejemplo, el precepto de que los niños no lloran y las niñas no juegan al fútbol). Después de enumerar lo que los niños y niñas pueden y no pueden hacer de acuerdo con la sociedad, ellos discuten si pueden cambiar los roles y lo que sucedería tras el cambio. En cada discusión, la conclusión fue que lo único que les impide cambiar los roles es la presión social y no las capacidades inherentes a su condición de hombre o mujer. Para reforzar este mensaje los maestros también animan a los estudiantes a realizar actividades consideradas por lo general inapropiadas para su sexo, tal como Gilberto explicó en su entrevista:

*Acá, en la escuela, los niños lavan los trastos después de la refacción merienda. Al principio en mi grupo lo que sucedió es que los varones querían que solo las niñas lavaran trastos. Y yo les tenía que explicar que no necesariamente solo las mujeres hacen eso. Pero me decían que en sus casas solo sus mamas o sus hermanas hacían estos quehaceres. Y les explicaba que no, que esto era una actitud machista y ellos tenían que romper ese esquema de ser machista porque así como las mujeres tienen manos, los hombres también, y como ellas pueden lavar trastos nosotros también podemos lavar trastos. Parte de ser un buen ser humano es aprender que hombres y mujeres tenemos las mismas obligaciones y el derecho a una buena calidad de vida. A raíz de esto, ellos cambiaron su actitud y lavan los trastos compartidos.*

Varios de los entrevistados interpretaron esta ruptura de la división sexual del trabajo como un gran paso adelante en Guatemala, ya que es más común ahora ver a mujeres que trabajan, asisten a la universidad y hacen trabajos que tradicionalmente han sido asignados a los hombres (los ejemplos de Eduardo fueron mujeres que trabajaban en

mecánica o conducían camiones). Además, los beneficios legales como la Ley contra el Femicidio aprobada en 2008 significan que las mujeres tienen más derechos, los cuales pueden hacer valer a través del sistema de justicia. No obstante, la mayoría de los entrevistados reconocen que todavía son muchos los hombres que se resisten a estos cambios. Como mucha de la literatura sobre este tema en América Latina sugiere, aun cuando las mujeres adquieren independencia económica y derechos, la violencia contra las mujeres puede aumentar, ya que los hombres tratan de controlar a “sus mujeres” por medio de la violencia doméstica o del control sobre los espacios públicos (Hautzinger, 2007). Esto queda claro en los comentarios de Gilberto:

*Hay muchos hombres que todavía no están listos como para decir que “voy a dejar que mi mujer o mi hija trabaje” porque piensan que le van a robar el espacio del trabajo a los hombres. Por ejemplo, en mi caso cuando yo estudié mi carrera para maestro, mi familia no me apoyó porque me dijeron que, primero, era carrera para una mujer y, segundo, que solo contratan a las mujeres. Y se puede dar cuenta en la prensa cuando salen anuncios que contratan a maestras, solo maestras, solo las mujeres. Crea un resentimiento en el hombre; muchos dicen “yo no voy a permitir que una mujer me quite mi trabajo”. Eso como que fomenta la violencia hacia la mujer porque van a bloquear que las mujeres vayan progresando. Pero yo no creo que sea justo porque tanto hombres como mujeres tenemos nuestro espacio y podemos laborar bien en determinado trabajo.*

Según la opinión de varios de los entrevistados, muchos hombres responden al progreso de las mujeres en puestos de poder público viéndolas como amenazas de que van a “quitarles el espacio”. Esta forma de pensar asume la igualdad de género como un juego de suma cero, donde los logros de las mujeres solo pueden lograrse a costa de los logros de los hombres; es decir, las mujeres solo pueden tener oportunidades de empleo y educación si se las quitan a los hombres. Pero, más que eso, las mujeres que trabajan amenazan el pacto patriarcal tradicional. Por ejemplo, en un estudio realizado con hombres en Costa Rica, Chant (2000) demuestra que, en Guanacaste, donde las mujeres están obteniendo empleo en el turismo y el empleo tradicional de los hombres en la agricultura está disminuyendo, los hombres están experimentando una “crisis de la masculinidad” en cuanto a su papel de proveedor, por lo que los privilegios masculinos que van de la mano con esa función ya no están garantizados. En realidad, esto puede conducir a un aumento en el comportamiento machista, incluso cuando las mujeres están trabajando. Esto significa que los progresos realizados en la ruptura de la división sexual de trabajo y el aumento de las oportunidades económicas y educativas para las mujeres no han llevado necesariamente a poner fin a la violencia contra las mujeres.

La conclusión de los entrevistados de que la desigualdad de género se deriva principalmente de la división sexual del trabajo, y de que la violencia contra las mujeres es una reacción masculina contra las transgresiones de los roles tradicionales, tiene sus pros y sus contras. Por un lado, en este modelo se reconoce claramente la división sexual del trabajo y sus roles de género asociados a una construcción social

y a la creación de formas de desigualdad ni naturales ni normales. También se reconoce que el problema no se basa en ser macho o hembra, sino en la masculinidad y la femineidad, y el grado en que hombres y mujeres reproducen las ideologías y los roles. Por otro lado, este modelo de “jerarquía de género directa” no cuestiona la suposición de que la masculinidad es siempre un conjunto de privilegios de los que los hombres se benefician y las mujeres se perjudican. El problema con esta suposición es que en la medida en que la masculinidad se vea solo en términos de privilegios, la única forma de llegar a la igualdad será pedirles que renuncien a aquellos, ya sea en el hogar o en la esfera pública. Tal y como argumenta Salas y Campos (s.f.), hay que dejar de creer en la mentira de “que uno es rey”. El resultado de esto puede ser que muchos hombres no comprendan por qué deben renunciar a los privilegios de la patriarquía.

Otro problema con la idea de que los principales privilegios a los que los hombres tienen que renunciar están asociados al trabajo y a la educación es que no se considera que mucha de la violencia que padecen las mujeres no resulta de que ellas se nieguen a lavar los platos o quieran conducir camiones, sino de que las ideas sobre sexualidad masculina y femenina se utilizan para justificar la violencia doméstica por parte de maridos celosos, el acoso sexual en el lugar de trabajo y las limitaciones a la movilidad femenina. Por tanto, la desigualdad de género va más allá de la división sexual del trabajo e incluye también muchas ideologías que tienen que ver con la sexualidad y el cuerpo. De hecho, el reconocimiento por parte de los entrevistados de esta forma específica de desigualdad de género es el tema de la siguiente sección.

### **La objetivación sexual de las mujeres como raíz de desigualdad de género**

En las encuestas del taller de la Campaña del Listón Blanco, cuando se les preguntó a los estudiantes cuáles era los roles que la sociedad da a los hombres y a las mujeres, la mayoría mencionó actividades relacionadas con el trabajo, la educación, las tareas domésticas y la reproducción. Sin embargo, otra categoría de respuestas incluyó la sexualidad, en cuanto a la apariencia física (las niñas no deben cortarse el pelo, los hombres no deben usar aretes), y el comportamiento (las niñas no deben coquetear, prostituirse o tener amantes, pero deben comportarse como esposas y satisfacer a los hombres, mientras que los niños no deben tener ningún tipo de apariencia femenina y deben tener amantes). Aunque estos niños solo tengan entre 10 y 14 años de edad, ellos ya entienden claramente que tanto hombres como mujeres están restringidas en la forma de presentar su sexualidad. Las mujeres deben presentar una femineidad que consiste en ser bonitas -pero sin “estar disponibles”-, y los hombres deben evitar cualquier señal de femineidad. Las respuestas de los estudiantes de la USAC en su taller fueron similares a las dadas por los estudiantes de primaria, con un énfasis un poco más pesado sobre la sexualidad, y con respuestas como que las mujeres deben ser decentes, recatadas, fieles, y servir de objetos sexuales, mientras que los hombres deben ser mujeriegos, dueños de su sexualidad y sujetos sexuales (30% de las respuestas).

Estas respuestas reflejan claramente una comprensión más sofisticada de la doble moral sexual que tiene sus raíces en las ideologías de género colonial español de

honor y pudor (Socolow, 2000). La idea principal es que la pureza sexual de las mujeres (el pudor) es su boleto principal a un “buen” matrimonio y es propiedad primero de sus padres y luego de sus maridos. Si es necesario, el ideal de la pureza se mantiene por medio de la violencia contra la mujer. Al mismo tiempo, la sexualidad masculina se construye en tanto “depredación”, lo que les da el derecho y la obligación de tener amantes, visitar prostitutas, etc. Como en la mayoría de las partes del mundo, esto crea la contradicción de que las mujeres deben proteger su sexualidad de la “depredación” masculina, a la vez que deben mostrar su sexualidad con el fin de atraer a sus parejas masculinas (Díaz, 2007). Los comentarios de Oscar muestran su reconocimiento de esta contradicción:

*Por ejemplo, es algo que se ha dado mucho últimamente que uno va a un lugar de música para bailar salsa, y de repente en medio de la pachanga, digamos a las diez y media de la noche, paran la fiesta y entran tres chavos con tambores y cuatro chavas guapísimas vestidas en bikinis con el logo de la cerveza Gallo a bailar en medio a llevarse el show. Entonces, digamos, esto de alguna manera ha generado un empleo; entonces las oportunidades a quienes se les presta es a la mujer en ese sentido, porque es ella la que va a ir a exponer su cuerpo para que todos lo vean. Entonces involuntariamente en ese sentido es utilizada la mujer, o sea, tal vez voluntariamente pero por necesidad, porque obviamente tiene que comer o tiene que dar de alimento a un niño o a una niña. Pues esto alimenta la cultura machista. A donde vaya el hombre van a ver rótulos con mujeres en bikini; entonces esto va a influir en la violencia que pueda tener, porque lo ve, lo visualiza; entonces al salir de su casa es como que él está pensando “si yo no puedo tener el control de mi mujer va a resultar en una valla publicando su cuerpo”, ¿no?*

El caso anterior es uno en que las mujeres (las llamadas Chicas Gallo) -al parecer por elección- trabajan mostrando sus cuerpos como objetos de deseo para vender más cerveza. Aun así, Oscar reconoce que esto puede tener un “efecto dominó” en otras mujeres sin que necesariamente estas muestren sus cuerpos, ya que crea en los hombres de la audiencia la idea de que, aunque ellos disfrutan viendo a estas mujeres, no quieren que sus mujeres (esposas, amantes, hijas) muestren sus cuerpos o que otros tengan acceso a ellas, por lo que utilizan la violencia para mantenerlas bajo control. Sin embargo, no se trata simplemente de la relación entre un hombre individual y una mujer, sino de un conjunto sistemático de mensajes enviados a hombres y mujeres sobre la sexualidad y el control que atraviesan una amplia gama de medidas sociales, contextos del lugar de trabajo y medios de comunicación (Morales Ruiz, 2007). Como resultado, el “efecto dominó” puede incluso ir más allá del hogar hasta extenderse hasta las mujeres en lugares tan comunes y necesarios para la vida cotidiana como el autobús y la calle.

Dos de los entrevistados, Noé, un hombre de unos cuarenta años que hace talleres de igualdad de género como “agente independiente”, y Sergio, un hombre de unos veinte años que trabaja para MIA, dieron los siguientes ejemplos de este tipo de violencia sexual que diariamente toma lugar en espacios públicos:



*Por ejemplo, yo venía en un bus ahorita, cargado de gente, y el tipo que va en la puerta dice: "deja esa piernuda que suba porque está buena". Nadie les reclama que hablen de esa forma; la muchacha no le va a reclamar que hable de ella misma de esa forma, pero él lo está haciendo libremente y nadie está evitando que lo haga. Encima, la deja parada en la puerta agarrada del tubo, como quién dice en el aire. Entonces todos esos comportamientos construyen una violencia, una trasgresión a la dignidad de las personas. (Noé)*

*A mí me molesta si están chiflando a una mujer en la calle, la están tocando o le digan cosas porque están minando esta interacción humana, sin respeto de uno a otra y a la confianza que pudiera haber entre humanos. Es como decir que no puedes pasar en la calle tranquilamente, pero es la calle y todos la necesitamos. Y el hecho de que no valoras a esta persona puede ser en distintas expresiones como el sexismo o hasta el homicidio. (Sergio)*

Tanto Noé como Sergio reconocen que incluso los comentarios y los silbidos que los hombres ven a menudo como inocentes o halagadores puede ser un asalto a la dignidad de la mujer, en el sentido de que esta se ve reducida meramente a su sexo y a su sexualidad. También, como sugiere Sergio, se trata de una forma de control del espacio público en el que una mujer, víctima o no de la violencia, siempre tiene que estar alerta. De allí que las actividades necesarias como ir a trabajar en el transporte público sean una amenaza permanente.

Lo anterior es a lo que Sheffield (2007) denomina como "terrorismo sexual"; es decir, una serie de ideologías sobre los derechos de los hombres para acceder a los cuerpos femeninos promovidos a través de los medios de comunicación y otras formas de propaganda que hacen a todas las mujeres víctimas potenciales en todo momento. Cada mujer aprende que los comentarios sexuales en la calle pueden ser precursores de un encuentro más violento físicamente, y así aprenden a dónde ir y a dónde no, cómo vestirse y cómo hacer caso omiso de los comentarios de los hombres para que no se vea como que "así lo quieren". Una vez más, esto no es necesariamente un hombre en particular controlando a una mujer en particular, sino más bien un control sistémico social de la movilidad de las mujeres y un comportamiento del cual algunos hombres toman ventaja a sabiendas de que la mujer es poco probable que responda en público.

Para demostrar qué tan insidioso es esto en Guatemala, Lemus (2007) realizó un estudio con estudiantes mujeres de la Universidad Rafael Landívar en el que encontró que todas habían sido en algún momento objeto de alguna forma de acoso sexual o violencia. Las estudiantes clasificaron estos incidentes en 1) los que ocurren en público con desconocidos (miradas lascivas, silbidos, ser tocadas o que se les restriguen en el cuerpo), y 2) los que ocurren en privado (casa y trabajo) con los hombres que conocen (manoseo, asalto, violación). Aunque solo algunos de estos comportamientos son ilegales y solo la violación se considera violenta, las mujeres consideraron que todos son actos que las hacen sentir incómodas y amenazadas. Como resultado, tal y como Noé y Sergio sugieren, se forma un continuo de violencia basado en la noción del deseo masculino y de su derecho sobre los cuerpos femeninos.

Curiosamente, según argumenta Anne Allison (1994) en su análisis de los clubes de anfitrionas japonesas, esta atención a los cuerpos femeninos no trata solo de crear un cierto tipo de relación entre hombres y mujeres, sino también de establecer relaciones entre hombres. De este modo, las mujeres y sus cuerpos se convierten en el medio a través del cual los hombres afirman su identidad como hombres. Oscar también lo reconoció de la siguiente manera:

*Mira, se replica mucho el machismo en Guatemala y me toca vivirlo día a día. A veces me ha tocado la oportunidad de ir en un bus, por ejemplo, y ver cómo van platicando dos hombres entre ellos, y se sube una mujer muy exuberante, muy bella. Y, digamos, el desnudar y el desvestirse hacia esa mujer entre esos hombres crea una conexión entre ellos, no digamos tanto de igualdad de gustos, de compatibilidades, sino como hombres, como machistas. Como cuando un grupo de hombres está conversando en la universidad y de repente notan a una mujer caminando y dicen "mira la que va allá"; entonces es como buscar, como encontrar una conexión con otra persona o un tema de discusión, y se vuelve la mujer en un objeto sexual, en un objeto al que le toca compartir con el otro hombre.*

Los comentarios de Oscar, Noé y Sergio demuestran que, aunque las mujeres pueden ver estas acciones como formas de acoso sexual, y pueden incluso ser reconocidas como tal legalmente, la mayoría de las personas no dice nada, ni la mujer a la que se dirigen ni los espectadores en el autobús, lo que permite a los hombres hacerlo con el permiso de la sociedad. Es decir, se convierte en una parte normal de la vida cotidiana de hombres y mujeres.

De hecho, los entrevistados también señalan que las mujeres no son meras receptoras pasivas de esta construcción de la sexualidad femenina pasiva y disponible, sino que muchas también contribuyen a esta construcción al centrar sus esfuerzos en ser el objeto sexual que incita a la mirada masculina. Noé explica este concepto en cuanto al rol de la belleza de la siguiente manera:

*Cuando tú hablas, por ejemplo, que para sentirse bello, yo hasta cuestiono la belleza, porque yo digo "¿qué es la belleza?" Es una gracia masculina muchas veces de cómo queremos que la mujer sea, no como es ella, sino como queremos que sea y así la construimos. Y ellas lo viven, sus subjetividades cambian a lo que desean los hombres. Y yo les pregunto: "Pero ¿cuál es tu felicidad?" Y ellas dicen: "Ser la más hermosa, que yo sea la más hermosa para el hombre".*

Noé reconoce que las subjetividades masculinas y femeninas son co-construcciones, no algo totalmente impuesto desde arriba por la dominación masculina, ya que las mujeres también juegan su papel en la reproducción de estos modelos. También reconoce que la construcción de las subjetividades femeninas y masculinas se produce en un contexto de relaciones desiguales de poder, tanto en el hogar como en público, y que las instituciones tienen el poder para crear algunas imágenes que predominan, así como que estas tienen ciertas agendas. Dio el ejemplo de *Nuestro Diario*, el cual tiene un formato estándar que comienza con informes sobre crímenes violentos, generalmente

con imágenes muy gráficas; seguido de noticias livianas que generalmente muestran algunas páginas de modelos, estrellas femeninas, y reinas de belleza en bikinis; y luego las páginas de deportes con fotos de los atletas masculinos viriles. De hecho, estas tres imágenes (cuerpos violados, mujeres semidesnudas y deportistas viriles) a menudo se yuxtaponen en la portada. Como Noe argumenta, las imágenes de las mujeres son parte de lo que normaliza su cosificación sexual, dando la ilusión de que la mirada masculina no es intrusiva, sino más bien previsible y normal, incluso bienvenida.

*Lo que pasa es que hay que pensar en el editor; el editor es el Maquiavelo de los periódicos, nos manda un mensaje. Y esa es otra cosa importante en las capacitaciones o en los talleres. Preguntamos: "Aquí hay una imagen, pero ¿qué nos transmite? ¿Por qué está puesta de esta forma? ¿Por qué está de ese tamaño? ¿Qué es todo lo que está detrás?" Porque si logramos descubrir lo que está detrás, logramos descubrir la intención que lleva, pero si solo miramos la imagen como tal y nos aislamos de la imagen y nos vamos a otro escenario la imagen quedó impune.*

Cabe señalar que la comprensión de algunos de los entrevistados de la desigualdad de género como algo más allá de la división sexual del trabajo vino de su participación en actividades de derechos humanos con enfoque de género, en los que se analizan imágenes provenientes de los medios de comunicación que contienen mensajes sobre la sexualidad masculina y femenina. Oscar también reconoce que, incluso dentro de las organizaciones de derechos humanos donde la igualdad y el respeto a la dignidad humana son los objetivos y principios fundamentales éticos, gran parte de este "sexismo como de costumbre" se replica hacia la mujeres activistas:

*Entre los grupos que yo conozco de derechos humanos, hay gente que quiere ser feminista pero no lo logra, su cabeza no le permite borrar ciertas formas de aprendizaje que lo llevan a todo esto. Como te digo, dentro de la misma Procuraduría de Derechos Humanos ves cómo se utiliza la mujer como un objeto sexual. Como si hay una bonita secretaria, sacan a una, meten a otra, y así ¿no? Quien no logre llenar el perfil del jefe, adiós, no por las capacidades sino porque ella no quiso dejar ser acosada por el jefe, por ejemplo. Y eso en derechos humanos, ni siquiera te estoy hablando del Estado, pero de una institución dentro del Estado que debiera de ser la garantía, digamos, del derecho de las mujeres, y no, al contrario, es como un violador más. Entonces fue bien difícil para mí abrir los ojos trabajando en una institución así y viéndolo día a día. Sin embargo, digamos, la unidad en la que yo pertenecía había una mujer muy feminista que no nos permitía que nos fuéramos de la realidad de género en estas investigaciones, no se permitía, digamos, el machismo.*

De este modo, para Noé, Oscar y Sergio el objetivo clave del activismo de igualdad de género no es tanto romper la división sexual del trabajo, puesto que cada vez es más común que las mujeres se incorporen a la fuerza laboral por necesidad económica, sino más bien analizar la construcción de subjetividades sexuales masculinas y femeninas que permean la sociedad a nivel institucional, ya que son estas las que realmente

afectan a las mujeres a medida que rompen con el pacto patriarcal al salir de la casa, trabajar o ir a la escuela. Una forma de hacer esto en los talleres es a través de ejercicios en que los que se les pida a los participantes mirar imágenes de hombres y mujeres en la prensa y los medios de comunicación visual para analizar los mensajes implícitos que, como dijo Noé, de lo contrario quedarían “impunes”. Este es el enfoque del ejercicio número cuatro, “Estereotipos de Género en los Medios de Comunicación”, y seis, “Los mensajes positivos y negativos en la música” de la Campaña del Listón Blanco. De esta manera, tanto hombres como mujeres pueden autoreflexionar sobre cómo sus subjetividades sexuales y de género se han construido en parte debido a estas imágenes, promoviendo así relaciones desiguales de poder.

Aunque las feministas han estado utilizando este método de autoreflexión desde hace algún tiempo con el fin de hablar sobre la manera como las mujeres se representan en los medios de comunicación, la opinión de los entrevistados es que es importante para los hombres también participar en estos análisis para ver cómo la masculinidad se construye en los medios de comunicación. Es decir, es necesario que los hombres que participan en los talleres entiendan que las actitudes sexistas no surgen simplemente por ser machos, sino que son aprendidos y respaldados con el permiso de la sociedad. Esto no implica que los hombres no sean responsables por sus acciones, sino que se constituye en una forma de sugerir que, si se aprende, se puede desaprender.

En consecuencia, la Campaña del Listón Blanco utiliza un método participativo que fomenta la autoreflexión y los ejercicios de grupo. Aunque esto es a menudo etiquetado como “pedagogía feminista”, esta metodología se inscribe dentro de lo que se conoce como “educación popular”, la cual tiene una larga historia en América Latina y una vinculación especial con el movimiento revolucionario de Guatemala. Noé explica su uso de la autoreflexión como facilitador:

*La Educación Popular es una teoría puesta en práctica que se desarrolló más en el tiempo de la Guerra, y que era como que la forma en que logramos que la gente tome conciencia de la pobreza, la riqueza y el cambio social. Ahora, se puede aplicar eso mismo a casos como la violencia de género, que las personas mismas sean las que se den cuenta, que abran los ojos y decidan si cambiar o no. [Como facilitador] yo quiero ser el que menos hable; yo provooco que ustedes hablen entre ustedes, porque la medida en la que descubren lo que está sucediendo, en esa medida se comprometen y se sienten como quien dice descubiertos. Lo importante creo yo no es pensar en que voy a convencer a las personas. En el caso de los hombres sobre todo es de hacernos sentir descubiertos, ni siquiera culpables, sino darnos cuenta que estamos cometiendo un delito con el permiso de la sociedad.*

No obstante, Noé señala que los talleres no son suficientes para hacer cambios radicales en el pensamiento de los hombres debido a que las ideologías de género son muy profundas. En el momento en que los participantes salen del taller, la sociedad los inunda una vez más con las mismas imágenes, chistes, refranes y las presiones sociales que procuraron deconstruir. En otras palabras, al salir del taller vuelven a

tener permiso de la sociedad para actuar de forma sexista, poniendo a la mujer como un objeto de deseo que debe ser accesible al hombre. De ahí que los talleres no sean suficientes para un cambio personal o institucional.

En resumen, existen varias ventajas de esta forma de mirar las construcciones de la sexualidad que contribuyen a la desigualdad de género. Al igual que el modelo que enfatiza el papel de la división sexual del trabajo en la creación de la desigualdad entre hombres y mujeres, este modelo, que enfatiza el rol del sexismo en la promoción de la desigualdad entre hombres y mujeres, asume al género y la sexualidad como una construcción social que no es inherente a los hombres, sino que es aprendida tanto en la familia como en las instituciones. Los entrevistados sugirieron que el cambio debe venir no solo de la autoreflexión personal sino también del ámbito institucional. En este sentido hay de lograr que los hombres reconozcan que su propia masculinidad ha sido moldeada por distintas fuerzas, y que no es una consecuencia natural de haber nacido macho, sino una especie de permiso dado por la sociedad para que actúen de una manera sexista si así lo desean. No obstante, hay que hacer hincapié en que, a pesar de estar actuando como la sociedad quiere, deben reconocer el daño que hacen, sobre todo a las mujeres. El modelo también sugiere que los hombres y las mujeres juegan su papel en la construcción y reproducción de género, aunque tal vez con diferentes niveles de poder (como en la consideración que hace Oscar de que tal vez las chicas Gallo estaban ahí por necesidad), lo que cuestiona la idea de que solo los hombres participan en la reproducción del sexismo. Del mismo modo, problematiza la masculinidad más allá de los roles de género, para considerar también las subjetividades, demostrando que la igualdad de género no se limita a que las mujeres conduzcan camiones y los hombres laven los platos, sino a que se modifiquen un conjunto de ideas sobre la sexualidad, el cuerpo, etc.

Sin embargo, al pretender que los hombres se desprendan de esta cultura de ver a las mujeres como objetos sexuales, también se les está pidiendo que renuncien a algo que la sociedad les ha otorgado siempre como un privilegio: ser mujeriegos, clientes de la industria del sexo, etc. Los hombres no solo ven esto como una prueba de virilidad, sino también como un privilegio que se gana como hombre. Por lo tanto, enfocarse solamente en la objetivación de las mujeres como si esta fuera la única raíz de la desigualdad de género significa mantener el modelo de dominación masculina en el que la mirada masculina, el dividendo patriarcal y la doble moral sexual se asumen como algo que comparten todos los hombres por igual y que siempre trabaja a su favor, sin considerar cómo estos privilegios se distribuyen de forma desigual entre los mismos hombres según otros criterios de poder como la raza, la sexualidad y la clase. Este último modelo de desigualdad de género como producto de múltiples ejes de poder se considerará en la sección siguiente.

## **Masculinidades múltiples, múltiples desigualdades de género**

Como ya se mencionó, los estudios feministas, de género y de masculinidad han cuestionado los modelos de la jerarquía de género directo que suponen el poder



homogéneo de los hombres sobre las mujeres. Esto no quiere decir que los investigadores todavía no reconozcan el poder del patriarcado a nivel social, sino que estos están más interesados en ver cómo los dictados de la masculinidad hegemónica forman las experiencias de los hombres y cómo el patriarcado y el potencial de la dominación masculina no son compartidas por todos los hombres por igual. Algunas de las primeras investigaciones sobre este tema en América Latina son acerca de los hombres homosexuales, especialmente travestís, quienes claramente no comparten todos los privilegios de la masculinidad. Estudios como los de Kulick (1998), Prieur (1998) y Lancaster (1992) muestran que estos hombres no se ven a sí mismos como mujeres sino más bien como parecidos a las mujeres, tanto en género como deseo sexual, e incluso muchas veces en su posición estructural en la sociedad, pues se ven sometidos a las mismas formas de violencia que las mujeres. En este sentido, son hombres que de alguna forma han rechazado los privilegios de la masculinidad.

Aunque estos estudios muestran que los machos pueden demostrar diversidad de género y sexualidad alternando entre la masculinidad y la feminidad en cuanto a su vestido y su comportamiento, también muestran que cuando asumen la masculinidad o la feminidad ellos tienden a hacerlo de manera estereotipada, pues la primera sigue interpretándose como agresiva y poderosa y la segunda como sumisa e impotente. Así, si bien los travestís pueden mostrar géneros múltiples (masculinidad y feminidad), ellos no muestran formas múltiples de la masculinidad. Como consecuencia, la existencia de travestís puede contribuir a un reconocimiento popular de que el sexo no siempre determina el género. Sin embargo, su actuación de la feminidad estereotípica y sus relaciones con hombres que ellos clasifican como verdaderos hombres, quienes desempeñan una masculinidad estereotipada, no pone en duda la suposición popular de que cuando los hombres deciden asumir su masculinidad esta se manifiesta de forma hegemónica (agresivo, mujeriego, autoritaria, etc.).

Aparte de travestís y gays, todavía existe una suposición en Guatemala de que las cuestiones de género solo aplican a las mujeres. En la imaginación popular, los hombres heterosexuales no muestran una diversidad de género, por lo que no es un tema que debe analizarse con o por ellos. Esta trayectoria se refleja en la experiencia de César, quien trabaja con MIA y ha realizado talleres sobre el VIH/SIDA en comunidades de homosexuales y heterosexuales:

*Actualmente en Guatemala no conozco una organización, aparte de MIA, que trabaje en un enfoque integrado de esta visión de género de hombres y mujeres, y privilegiando de alguna manera el trabajo con hombres. La única organización que yo conozco que trabaja con una visión de género para hombres es OASIS, en donde siguen enfocando las situaciones de la identidad de género precisamente porque muchos de sus usuarios pertenecen al grupo travesti, transgénero o transexual. Dentro de esta organización, el concepto de género sí está muy enfatizado, por su propia situación.*

Como señala César, las pocas veces que los activistas en Guatemala dialogan sobre diversidad de género en relación con los hombres se tiende a hacer referencia

únicamente a la diversidad sexual. Pero, ¿qué pasa con los hombres heterosexuales? ¿Son los de diversidad sexual los únicos que califican como alternativas al machismo? ¿Muestran también los hombres heterosexuales una diversidad de género? Esta última pregunta ha sido adoptada recientemente por estudios de la masculinidad inspirados por feministas como bell hooks y Audrey Lorde, quienes fueron algunas de las primeras en cuestionar el modelo homogéneo de la masculinidad y de la dominación masculina al reconocer la raza y la clase como constructoras de diferentes tipos de la masculinidad que no ejercen el poder de la misma forma, de tal manera que los hombres pueden ser tanto dominantes (de mujeres) como dominados (por hombres de otras razas/clases) (Gardiner, 2005).

En Guatemala, este sistema de raza/clase supone generalmente una herencia de los españoles que no solo trajeron el complejo de honor/pudor (atravesada por clase), sino también ideas sobre la raza y la limpieza de sangre que dieron forma a las leyes y prácticas de inter-mezcla de razas (Stolcke, 1991). Según Carol Smith (1995), la masculinidad de Guatemala se construye a partir del proceso de mestizaje en el que la élite de hombres blancos tiene acceso a los cuerpos de las mujeres indígenas. Esta situación llevó a la creación de un sistema por el cual los hombres mestizos e indígenas se sienten castrados y usan la misma lógica para controlar la sexualidad de sus propias mujeres. Así, el dominio de las mujeres maya y mestizas no solo es resultado de la negociación patriarcal entre hombres y mujeres, sino también de la competencia por el poder y de la necesidad de probar la masculinidad entre hombres que impregna muchos aspectos de la sociedad. De hecho, Cesar sostuvo que la palabra “patriarcado” en Guatemala se utiliza para describir todo un sistema de poder que se basa en la propiedad de la tierra y las relaciones patrón-empleado que se crea a lo largo de las líneas de clase, raza y género. Varios de los entrevistados argumentaron que esto ha creado una cultura de violencia que se basa en la falta de respeto a los demás y en el deseo general de dominar, lo cual conduce a la perpetuación de formas de desigualdad y de violencia. El género y la sexualidad no son más que uno de los ejes de este sistema global de dominación en el que las mujeres tienden a estar en la parte inferior (especialmente indígenas y mujeres pobres), y también son las más vulnerables ante sus efectos. Con respecto a esto, Sergio manifestó lo siguiente:

*En Guatemala se ha vuelto un asunto ya bastante exacerbado, en cuanto al valor humano, el valor hacia otro, en el sentido de que el que puede ejercer más fuerza animal es el que domina. Hemos llegado a un punto de vista selvático que es quien tiene el arma más grande, o la cuenta en el banco más grande, o quien tiene más guardaespaldas alrededor, se ha vuelto a que éste es el que se respeta, el caudillismo. Y prácticamente eso viene en escala en la sociedad, que hay algunos que someten y otros que son sometidos en distintos grados. Todos somos sometidos de algún grado porque hay algunos que se someten a sí mismos, ¿verdad? Si no tenemos valor por el otro, por lo que es culturalmente, lo que es humanamente, lo que es su conciencia intelectual, no queda nada, y tú puedes hacer cualquier tipo de ofensa a cualquiera. Y eso también sucede hacia las mujeres. Si tú no valoras ni a tu madre o a tu abuela, ¿por qué te va a importar esta persona quien no es tu madre o tu abuela? Hay todo un sistema de dominio de raza, de clase, de*

*género. Y las mujeres de clase baja, por el hecho de estar en la base de esta jerarquía de dominio, son las mujeres más vulnerables.*

Los entrevistados argumentan que, aunque las mujeres son tal vez las más afectadas por el patriarcado, esta jerarquía de dominación desde la raza, la clase y la sexualidad también genera diferencias entre los hombres, las cuales se manifiestan a través de formas de dominación y violencia física, verbal o económica (DeKeseredy y Schwartz, 2005). Por ejemplo, Sergio opina que el sexismo también se manifiesta entre hombres:

*Pero incluso la cuestión sexista, eso corre también entre los mismos hombres, de manera como se trata uno con otro, no solamente con las mujeres o solamente que una es lesbiana u homosexual, que es todavía más ácido. Pero también hay una cuestión de competitividad en el sexismo, una cosa es la pelea entre los sexos, pero otra cosa la pelea dentro del mismo sexo, entre ellos mismos; allí es donde también se muestra mucho el racismo y el sexismo.*

De igual modo, Oscar también comenta lo siguiente sobre la jerarquía entre hombres:

*En Guatemala se nos ha enseñado un machismo cultural; un machismo de que el hombre no hace cosas débiles; el hombre hace cosas fuertes. Claro, por supuesto, van a existir diversidades en el comportamiento de hombres y mujeres, pero el machismo lo catalogaría yo como algo radical, como algo muy cerrado que promueve un rango muy limitado de comportamientos para el hombre. Por ejemplo, en el ejército se nota mucho que la jerarquía entre hombres depende mucho de qué tan hombre sos o que tan hombre no sos. Claro que la mayoría que sufre o, digamos, es víctima del machismo es una mujer por supuesto, en la casa, en la calle, en el trabajo, a donde va. Pero no solo sucede de un hombre agrediendo a una mujer, sino de un hombre agrediendo a otro hombre; entonces no definiría el sexismo como exclusión de la mujer, sino exclusión por jerarquía.*

Como afirma Connell (2000), las intersecciones entre género, raza, clase y sexualidad crean diferentes tipos de masculinidad, algunos dominantes y valorados socialmente (por ejemplo, los profesionales ladino-heterosexuales), otros que tratan de imitar al grupo dominante, pero que son marginados y a menudo demonizados (como las de los hombres Mayas y los ladinos pobres), y los que están subordinados (por ejemplo, los hombres gay y los travestís). Como Sergio y César argumentan, esto crea jerarquías entre hombres que a su vez generan cierto privilegio de masculinidad sobre los demás, de tal manera que las alternativas se silencian. Según Cesar, esto sucede entre los homosexuales, quienes sienten la obligación de esconderse detrás de una masculinidad hegemónica:

*El machismo establece jerarquías entre hombres; establece criterios de valor, qué tan hombre [se] es. No solamente privilegia al hombre como un grupo, crea una escala entre ellos. Entonces hay desigualdades entre masculinidades. El machismo privilegia al hombre, a quien se apega más al ideal social del hombre. En este caso sería quien tiene dinero puede tener más mujeres,*

*es más fuerte, y de alguna manera es menos femenino en su carácter y comportamiento. Y el hombre que no sigue en esta línea es visto por los otros hombres como menos hombre, por abajo, y pierde el poder. Cuando estamos dentro de este sistema patriarcal donde vamos a privilegiar a quien más corresponde [con] la imagen ideal, una manera de mantener este poder es que [nos] integramos con ellos, y algunos no digan nada, se integran como uno más.*

Sergio señala que esto también sucede entre hombres heterosexuales:

*En la escuela, algunos niños son más recatados, más tímidos, otros son más expresivos, más arriesgados. Si, por ejemplo, tu papa primero te llevó donde una prostituta, entonces te acercaste a la mujer como un objeto. Pero si anduviste con una novia, entonces te acercaste a la mujer con ternura. Por supuesto, ambos chicos llegan a la misma escuela y se encuentran con otros chicos. Y allí está la cosa, el chico que ha tenido una experiencia más arriesgada se pone encima de los que son más tímidos, más respetuosos, o que está aprendiendo ser más respetuoso con la otra persona como si fuera su mamá o su abuelita.*

Las observaciones de Sergio, Oscar y César hacen referencia a la noción de Kaufman (2007) sobre la tríada de la violencia masculina, la cual puede ser dirigida a las mujeres, otros hombres, y a sí mismos. En el último caso, se trata de la manera en que los hombres se obligan a cumplir con el comportamiento masculino incluso cuando este puede ser perjudicial para ellos física (beber, pelear y mujerear) o psicológicamente, en el sentido de que puede ir en contra de lo que realmente ellos desean y así destruir relaciones importantes (Salas, 2002). Así, mientras que los hombres tienen una variedad de ideologías, comportamientos y distintos tipos de masculinidad, unos más machistas que otros, a la sociedad le queda la impresión de homogeneidad y la complicidad con que los hombres reaccionan a la presión social por adaptarse o, incluso en los casos en que no se ajustan al machismo hegemónico con sus propios socios, no decir nada en público para sugerir que ellos tienen otra manera de pensar. Esto crea otro grupo de hombres, los que no están de acuerdo con las formas de la desigualdad de género y el sexismo, pero que permanecen en silencio cómplice. Sergio sostiene que esto ocurre incluso dentro de la comunidad de activistas:

*Si yo vengo y digo que soy feminista, diría que solo soy feminista porque me gustan las mujeres. Sigue siendo una cosa de burla. Si yo digo que soy feminista porque quiero trabajar en esto de equidad de derechos y de respeto y no violencia hacia las mujeres, te empiezan a ver raro. Incluso entre personas que, digamos, de una manera han adquirido una conciencia diferente o han transformado su manera de ver las cosas de una forma diferente, aun así no se expresan mucho al respecto a eso, o los comentarios son tímidos, hasta que a veces es como un chiste. Hay una ironía, un sarcasmo, un cinismo. Hasta entre un grupo de gente progresista; todavía se escucha que “yo tengo tantas mujeres, que yo tengo más, que yo puedo más”. Entonces tal vez alguien da un comentario tímido como “no muchá, no hablen así”, pero tampoco te vas a echar un “speech”. Cabal no hay mucha pronunciación al respecto. Algunos habrán llamado la atención y pagan las consecuencias. Pero por lo regular no lo toman en serio.*

Bernardo también dijo que en su experiencia hay una cultura de silencio entre los hombres en torno a cuestiones de machismo. Es decir, si seguir los dictados del machismo (beber, mujerear) les está causando problemas en sus vidas, prefieren mejor no hablar de ello con los demás:

*A veces hablamos del machismo pero no analizando a fondo o viéndonos reflejados en el tema. Por ejemplo, si yo tengo una amante e hijos por varios lados, son cosas que no se discuten, aunque yo sé que los amigos que están reunidos aquí conmigo saben que tengo una amante, saben cuando me miran con ella, saben que ya tuve un hijo con ella. Entonces son cositas que siento yo que el hombre las quiere guardar para él solo, aunque ya todos sepan lo que está haciendo. A veces nos tomamos unos tragos y empezamos a hablar de un montón de cosas pero nunca hemos caído en un tema de ese tipo. Sí analizamos un poco, pero pensamos que no tiene nada que ver con mi persona. No vas a escuchar a un hombre decir: "Vos esas cosas no se hacen, y ¿por qué lo hiciste? ¿Y crees que por lo que ella te dijo era razón para pegarle? Aunque la hubieras visto con otro no es razón para pegarle." Es un poco difícil escuchar esto en los grupos de hombres.*

Por otra parte, Gilberto y Oscar dijeron que ellos sí le llaman la atención a los hombres sobre sus comportamientos machistas, pero, como dijo Sergio, pagan las consecuencias. Por ejemplo, Gilberto dijo que a él lo acusan de ser "hueco" cada vez que defiende a las mujeres:

*Cuando estoy con mis amigos y uno dice: "Ah mucha, que me llevé a aquella y la agarré así a pegarle"(...) A mí me molesta mucho cuando hablan cosas así de una mujer y vengo yo y les digo: "Y bueno te pusiste a pensar en lo que ella sintió?" "Yo digo que a ella le gustó" "¿Estás seguro que le gustó, y en qué te basas para decir que le gustó?" "Porque ella me volvió a llamar". "Pero no es cuestión de que le haya gustado o no. Tal vez lo que ella quería no era eso, sino compartir un momento, pero la obligaste a hacer eso." "No pero es que ella también quería porque(...)" "Si, pero te tomaste el tiempo para decirle ¿Te pareció? ¿No te pareció? o hacerle cariño o cosas así". Se quedan pensando, y empiezan a decir un montón de cosas. A veces cuando hacen unos chistes feministas, vengo yo y les hago ver lo contrario: "Que pasaría si estuvieras en ese lugar?" Y entonces es como que "ah vos siempre defendiendo a las mujeres". Yo no es que defienda a las mujeres, sino simplemente digo yo que no me gustaría que a mi hermana la anduvieran haciendo así, o que anduvieran hablando de mi mamá así. Mi mamá fue una mujer que sufrió mucho con mi papá, entonces esto me enseñó a mí de que yo no debo permitir que eso pase con otra mujer. Yo soy de las personas que no me gusta que traten mal a una mujer y a veces me consigo problemas por eso, verdad, es que me dicen: "Ah es que vos sos bien hueco(...)" A mí eso me entra y me sale porque yo sé que eso no es cierto.*

Como estos comentarios sugieren, si bien existe un número de hombres que apoyan el movimiento de mujeres y analizan cómo las ideologías de género, y la masculinidad en particular, han afectado a la mujer, solo unos pocos parecen haber pensado acerca de cómo el género y la masculinidad también pueden ser perjudiciales para los hombres. Parte de esto es debido al silencio cómplice y a la presión social, o



por miedo a ser visto como un hueco (Ver, por ejemplo, la experiencia con talleres en El Salvador en Bird *et al.*, 2007). Sin embargo, como muestra Bernardo, también se debe al hecho de que muchos hombres simplemente no ven el género como algo que les concierne, sino únicamente como un tema de mujeres:

*[Como directores de documentales] las mujeres aquí nos invitan a sus reuniones cuando tienen encuentros. Pero nunca tuvimos un movimiento de hombres. De hecho, formamos el Colectivo Vicente Fernández, ¿nunca lo oíste mencionar? Se estaban formando los colectivos de mujeres, eso fue pasadito de la firma de la Paz, y se empezó a hablar del colectivo de Vicente Fernández. Pero no fue que se formara un colectivo real; fue como una broma que salió un día que nos estábamos tomando unos tragos y se empezó a hablar del colectivo de Vicente Fernández. “Mucha, ¿por qué solo las mujeres están formando sus organizaciones feministas? Organicémonos porque si no nos van a ir quitando los espacios.” Fue una cuestión de broma; no fue una cuestión de que se tomara en serio, pero alguien escuchó por ahí y empezó a regar la bola de que se formaba el colectivo de Vicente Fernández, y hasta en la prensa salió después. Algún periodista tocó el tema que el colectivo de Vicente Fernández estaba luchando por sus derechos. Pero te digo, fue una cuestión de bromas.*

Como esta historia ilustra, cuando los hombres hablan de la aplicación del análisis de género a sí mismos a menudo esta se asume como una broma. Mediante el nombre “Colectivo Vicente Fernández” se refleja una forma de criticar la masculinidad en su sentido machista, pero también de rechazarla como una cuestión seria a su vez. De acuerdo con Bernardo, hay muchos hombres que están en solidaridad con el movimiento de mujeres, pero que no ven la necesidad de crear un movimiento de hombres para pensar sobre cómo el género les compete.

Sin embargo, de acuerdo con los entrevistados, los hombres no son los únicos que siguen asumiendo el género como algo relacionado únicamente con las mujeres y los asuntos de la mujer. Por ejemplo, cuando la directora del Instituto Universitario de la Mujer de la Universidad de San Carlos (IUMUSAC) conoció este proyecto, su primera reacción fue preguntar por qué se consideraba que este era un trabajo importante que hacer. Después de todo, argumentó, los hombres ya tienen sus espacios y todavía hay mucho trabajo por hacer con las mujeres. En un país con recursos limitados, ella veía el trabajo con las mujeres como una especie de *triage* (práctica que procura otorgar los pocos recursos existentes al grupo que pueda obtener el mayor beneficio). Cuando se le explicó que no se trataba de privilegiar las opiniones, las voces, o las experiencias de los hombres, sino más bien de tratar de entender sus puntos de vista y lo que tendrían que ofrecer en términos de conseguir que más hombres se replantearan el machismo, ella cuestionó si realmente habría hombres que podrían ser verdaderamente llamados “feministas”. Ella admitió que existe un número de hombres “solidarios” que, sin embargo, no pueden ser llamados “feministas”, a menos que se pueda determinar que de hecho llevan a cabo su filosofía “feminista” con su propia pareja.

De este modo, como argumentan Chant y Gutmann (2000) con relación a las organizaciones de desarrollo para mujeres, algunas de estas no incluyen la participación

de los hombres, basadas en el temor de que van a “quitarles el espacio”, tanto en términos de establecimiento de las agendas de las organizaciones como en la toma de los escasos recursos. Lo que esto demuestra es que tanto hombres como mujeres a veces colaboran para mantener a los hombres fuera de la discusión sobre la desigualdad de género por razones diferentes, pero con resultados similares (Salas, 2002). La mitad de los entrevistados mencionaron esto como otra de las razones por las que los hombres tienden a no involucrarse en el activismo de género. Por ejemplo, como hombre gay, César quería estar involucrado en talleres de equidad de género desde una edad temprana, pero le fue difícil por ser hombre:

*Yo recibí el primer taller de género en 1996. Fue un poco difícil que me permitieran entrar en este taller porque uno de los requisitos de poder participar era ser mujer. Cuando me contaron el contenido del taller, reclamé que cómo pretendían trabajar equidad de género sin educarnos a los hombres. Dijeron que tenían que trabajar con mujeres porque habían sido relegadas de todo y que tenían que empoderar las mujeres. Luego, después de tanto insistir, permitieron entrar tres hombres.*

Como resultado de una serie de factores, los hombres realmente no han sido estimulados a participar en el mismo tipo de autoreflexión sobre la desigualdad de género y la masculinidad como se ha hecho con las mujeres en lo que respecta a la desigualdad de género y la feminidad. Sin embargo, activistas como Noé y César ven claramente la necesidad de esto. Ellos argumentaron que, al igual que el movimiento de mujeres ha hecho mucho trabajo para convencer a las mujeres que las formas de desigualdad de género y violencia contra las mujeres no es normal ni natural, los hombres tienen que trabajar con otros hombres para analizar cómo el machismo perpetúa muchos tipos diferentes de desigualdad y la violencia que afectan tanto a hombres como mujeres. En lugar de rechazar la masculinidad totalmente, ellos pueden ver que existen algunos aspectos de la masculinidad que no son violentos y fomentarlos. Por ejemplo, Mirande (2004), quien trabajó con hombres latinos en los Estados Unidos, sostiene que sus entrevistados hicieron una distinción entre ser macho (varonil) y de ser machista (abusar de las posiciones de poder y privilegios). Ellos argumentaron que algunos aspectos de la masculinidad pueden ser positivos (tales como ser responsable con la familia, defender los derechos de alguien y ser un hombre de palabra), y por ende deben mantenerse; mientras que otros son destructivos y abusivos (autoritario, violento, egocéntrico, y la necesidad de demostrar la hombría a través de un disfraz de rudo y mujeriego). Como apuntó César, a través de talleres y de la autoreflexión es que “cada uno puede extraer lo que significa para él la masculinidad, qué tipo de masculinidad se ha construido, y buscar los aspectos positivos y negativos. No debemos rechazar todos los aspectos de la masculinidad, ya que algunos tienen un valor”.

Esta visión de la integración de los hombres en el proyecto de la igualdad de género a través del análisis de la masculinidad y sus efectos en mujeres y hombres ha hecho eco globalmente en otros movimientos en Centroamérica tales como Hombres Contra la Violencia en El Salvador, la Asociación de Hombres Contra la Violencia en

Nicaragua, y el Instituto Costarricense para la Acción, Educación, y Investigación de la Masculinidad, Pareja, y Sexualidad (El Instituto "WEM"). Hay que tener en cuenta que estas organizaciones no se hacen llamar "hombres contra la violencia contra la mujer", como muchos lo hacen, sino más bien "hombres contra la violencia." Esto no se debe a que no vean la violencia contra las mujeres como un problema -de hecho, de acuerdo con sus sitios web, esta fue su inspiración para formar estas organizaciones-, sino más bien a que reconocen que muchas formas de violencia, no solamente la violencia hacia las mujeres, están vinculadas a los dictados de la masculinidad hegemónica. Así lo declararon Javier Muñoz López y Edgard Amador Mayorga en una entrevista acerca de la fundación de la Asociación de Hombres Contra la Violencia en Nicaragua:

*Nacimos en julio de 1993. Surgimos como un pequeño grupo de hombres que estábamos luchando o pensando en que la violencia intrafamiliar no era una problemática únicamente para las mujeres, sino que también los hombres, que somos los principales que ejercemos la violencia, también sufrimos sus consecuencias. A partir de ese planteamiento, como grupo de hombres, venimos trabajando en contra de la violencia intrafamiliar y hemos decidido trabajar como hombres, porque aquí hay un trabajo de movimiento de mujeres fuertísimo en Nicaragua que se ha venido desarrollando durante muchos años, pero faltaba la otra parte, los principales protagonistas del acto de violencia, que somos los hombres. Pensamos que como organización podríamos incidir en la actitud, en la forma de pensar de los hombres, en evitar la violencia, en buscar otras formas de relaciones más justas y casualmente esos son los objetivos de nuestra organización: cambiar el comportamiento y nuestros pensamientos, las concepciones que tenemos de las relaciones entre hombres y mujeres y entre personas adultas y jóvenes o menores de edad. ([http://www.euram.com.ni/pverdes/Entrevista/javier\\_munoz\\_137.htm](http://www.euram.com.ni/pverdes/Entrevista/javier_munoz_137.htm))*

Aunque este movimiento fue inspirado por hombres que han decidido trabajar también en contra de la violencia entre hombres, ellos argumentan que el machismo no es simplemente un conjunto de privilegios, sino también un conjunto de problemas y restricciones, por lo que modificarlos mejorará la vida tanto de los hombres como de las mujeres. De este modo, los hombres ya no se verán forzados a actuar formas de masculinidad que son perjudiciales para su propia salud física, psicológica y sexual, así como para la de los demás.

## Conclusiones

Aunque el movimiento de hombres que buscan replantear la masculinidad en Guatemala está todavía en sus inicios en comparación con otros países centroamericanos, las entrevistas que se presentan en este trabajo sugieren que ya existen hombres en este país que han llegado a algunas de las mismas conclusiones que las otras organizaciones centroamericanas mencionadas. Ellos han llegado a esta conciencia a través de muchos caminos diferentes (algunos a través de ver el abuso en sus propias familias; otros a través del trabajo con las mujeres feministas; y otros a través de clases en la universidad), pero lo que todos comparten es el deseo de cambiar la situación en Guatemala,

cuestionando sus propias ideas sobre masculinidad y consiguiendo que otros hombres hagan lo mismo. Esto lo han logrado a través de su trabajo con otros hombres mediante el uso de una metodología participativa que fomenta la autoreflexión acerca de cómo su propia masculinidad se ha formado a lo largo de su vida, así como mediante el análisis de cómo ciertos tipos de masculinidad y el machismo se perpetúan a través de instituciones dando la falsa impresión de que son normales y aceptadas.

En lugar de encajonar este mensaje en un modelo de jerarquía de género directo, algunos de los entrevistados se han dado cuenta de que cualquier discusión sobre el patriarcado y el sexismo también debe reconocer que el dividendo patriarcal no es compartido igualmente por todos los hombres, ya que hay diferencias de raza, clase, sexualidad, etc. Esto es importante porque algunos hombres se sienten incomprendidos en la sociedad debido a que el racismo o el clasismo no se ven reflejados en los argumentos feministas sobre la dominación masculina (Connell, 2000). Asimismo, mientras que los llamados a detener la violencia contra las mujeres a menudo atraen a los hombres a reflexionar sobre el impacto que tiene sobre las mujeres en sus propias vidas, también es importante señalar cómo el machismo puede fomentar la violencia entre los hombres. Por lo tanto, negándose a asumir que la masculinidad tiene que ser probada dominando a los demás, no solo ayudan a las mujeres que aman, sino también a sí mismos y a otros hombres. De acuerdo con Polly Wilding (2010: 746), en un artículo reciente sobre género y violencia en Brasil, "(...) Las experiencias de violencia de los hombres deben ser abordados desde una perspectiva de género, reconociendo tanto el empoderamiento y el desempoderamiento, los aspectos de la masculinidad para hombres diferentes, en contextos de violencia, que a su vez afectan la manera en que las fronteras entre la violencia aceptable y lo inaceptable se construyen."

Lo anterior está en consonancia con el trabajo de Ferguson *et al.* (2005) y de Stern (1995) acerca de cómo la violencia entre los hombres debe ser analizada a través de las mismas lentes feministas que utilizamos para analizar la violencia contra las mujeres. En lugar de usar la violencia de género y la violencia contra las mujeres como sinónimos, la definición puede ampliarse para incluir cualquier forma de violencia que tenga sus motivaciones en el género. Así, por ejemplo, hombres que disciplinen a otros hombres y niños a permanecer dentro de los cajones del género y de la sexualidad puede ser vistos como formas de violencia de género, al igual que los casos en que las mujeres que promulguen la violencia en otras mujeres y niñas en nombre del patriarcado (por ejemplo, la circuncisión femenina). Esto no tiene la intención de diluir el poder de la expresión "violencia de género", ni pretende justificarla diciendo que las mujeres también lo hacen, sino que intenta condenar todas las formas de violencia. De hecho, ni siquiera sirve como sustituto de otras explicaciones de los crecientes niveles de violencia en lugares como Centroamérica (como la pobreza, el legado de la guerra civil, la delincuencia organizada transnacional, la impunidad), sino que se suma a ellos (Hume, 2009).

Finalmente, la integración de los hombres más plenamente en la labor de la igualdad de género puede ser positiva si se reconoce que la masculinidad por sí misma no siempre es opresora, y que no todas las masculinidades son violentas. Más bien,

todas las sociedades contienen dentro de ellas algunos aspectos de la masculinidad que promueven el respeto por la igualdad y la paz que se puede fomentar de una manera cultural. Tal y como los entrevistados tratan de transmitir a los participantes de los talleres masculinos, repensar la masculinidad no se trata de ser débil e impotente, sino de conducir a una redefinición de lo que entendemos por poder y fuerza para así fomentar la paz y el respeto en lugar de la violencia y la discriminación.

## Notas

- 1 Agradezco a Julio Revolorio por la traducción de este artículo del inglés al castellano y a Soledad Vidal por su ayuda con la revisión del documento traducido.
- 2 La Campaña del Listón Blanco fue fundada en 1991 por un grupo de hombres canadienses después de que un hombre matara a 14 mujeres universitarias con la proclamación de que las mujeres feministas habían arruinado su vida.
- 3 La Zona 18 tiene una de las tasas más altas de femicidio y violencia en general en el país.

## Bibliografía

- Allison, Anne. *Nightwork: Sexuality, Pleasure, and Corporate Masculinity in a Tokyo Hostess Club*. Chicago, IL: Chicago University Press, 1994.
- Babb, Florence. *After Revolution: Mapping Gender and Cultural Politics in Neoliberal Nicaragua*. Austin: University of Texas Press, 2001.
- Bastos, Santiago. *Poderes y Quereres: Historias de género y familia en los sectores populares de la ciudad de Guatemala*. Guatemala: FLACSO, 2000.
- Berger, Susan. *Guatemaltecas: The Women's Movement, 1986-2003*. Austin: University of Texas Press, 2006. 89-96.
- Bird, Susan, Rutilio Delgado, Larry Madrigal, John Byron Ochoa, y Walberto Tejeda. "Constructing an alternative masculine identity: the experience of the Bartolome de las Casas and OXFAM in Central America." *Gender-Based Violence*. Eds. Geraldine Terry y Joanna Hoare, OXFAM, 2007. 86-96.
- Carey, David y M. Gabriela Torres. "Precursors to Femicide: Guatemalan Women in a Vortex of Violence." *Latin American Research Review* 45.3 (2010): 142-164.
- Chant, Sylvia. "Men in Crisis? Reflections on masculinities, work and family in north-west Costa Rica." *The European Journal of Development Research* 12.2 (2008): 199-218.
- Chant, Sylvia y Mathew Gutmann. *Mainstreaming Men into Gender and Development*. Debates, reflections and experiences. Oxford: Oxfam, 2000.
- Connell, Robert. *The Men and the Boys*. Berkeley: University of California Press, 2000.
- Consejo Centroamericano de Procuradores de Derechos Humanos. "Informe regional: situación y análisis del femicidio en la región centroamericana, 2006. Recuperado el 6 de junio, 2011 de [http://www.iidh.ed.cr/BibliotecaWeb/Varios/Documentos/BD\\_157895943/I%20Informe%20Regional%20Femicidio%20ingles.pdf](http://www.iidh.ed.cr/BibliotecaWeb/Varios/Documentos/BD_157895943/I%20Informe%20Regional%20Femicidio%20ingles.pdf)
- DeKersedy, Walter y Martin Schwartz. "Masculinities and Interpersonal Violence." *Handbook of Studies on Men and Masculinities*. Eds. Michael Kimmel, Jeff Hearn, y Robert Connell. Thousand Oaks, CA: Sage Publications, 2005. 353-366.



- Diaz, Claudia. "De la seducción al acoso: Una revisión bibliográfica." *Reflexiones en torno a la sexualidad y el género*. Ed. José Toro-Alfonso. Guatemala: F y G Editores, 2007. 19-38.
- England, Sarah. "Protecting a Woman's Honor or Protecting her Sexual Freedom? Challenging the Guatemalan Patriarchal State through Reforms to Sexual Violence Legislation." *Latin American Perspectives* (Por publicar).
- Ferguson, Harry, Jeff Hearn, Oystein Holter, Lars Jalmert, Michael Kimmel, James Lang, y Robert Morrell. *Putting an End to Gender Violence: A Call to Global Action to Involve Men*. Sweden: Edita Vastra Aros, 2005.
- Forster, Cindy. "Violent and Violated Women: Justice and Gender in Rural Guatemala, 1936-1956." *Journal of Women's History* 11.3 (1999): 55-77.
- Fregoso, Rosa Linda y Cynthia Bejarano, eds. *Terrorizing Women: Feminicide in the Americas*. Durham: Duke University Press, 2010.
- Gardiner, Judith. "Men, Masculinities, and Feminist Theory." *Handbook of Studies on Men and Masculinities*. Eds. Michael Kimmel, Jeff Hearn, y Robert Connell. Thousand Oaks, CA: Sage Publications, 2005. 35-50.
- Godoy Paiz, Paula. "Women in Guatemala's Metropolitan Area: Violence, Law, and Social Justice." *Studies in Social Justice* 2.1 (2008): 27-47.
- Hagene, Turid. *Negotiating Love in post-Revolutionary Nicaragua: The Role of Love in the Reproduction of Gender Asymmetry*. Germany: Peter Lang Publishing, 2008.
- Hautzinger, Sarah. *Violence in the City of Women: Police and Batterers in Bahia, Brazil*. Berkeley: University of California Press, 2007.
- Holter, Oystein. "Social Theories for Researching Men and Masculinities: Direct Gender Hierarchy and Structural Inequality." *Handbook of Studies on Men and Masculinities*. Eds. Michael Kimmel, Jeff Hearn, y Robert Connell. Thousand Oaks, CA: Sage Publications, 2005. 15-34.
- Hume, Mo. *The Politics of Violence: Gender, Conflict, and Community in El Salvador*. Malden, MA: Wiley-Blackwell, 2009.
- Kampwirth, Karen. *Feminism and the Legacy of Revolution: Nicaragua, El Salvador, Chiapas*. Athens: Ohio University Press, 2004.
- Kaufman, Michael. "The Construction of Masculinity and the Triad of Men's Violence." *Gender Violence: Interdisciplinary Perspectives*. Eds. Laura O'Toole, Jessica Shiffman, y Margie Kiter Edwards. New York: New York University Press, 2007. 30-51.
- Kimmel, Michael y Michael Messner, eds. *Men's Lives*. Boston: Pearson, 2004.
- Kimmel, Michael, Jeff Hearn, y Robert Connell, eds. *Handbook of Studies on Men and Masculinities*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications, 2005.
- Kulick, Don. *Travesti: Sex, Gender, and Culture among Brazilian Transgendered Prostitutes*. Chicago: University of Chicago Press, 1998.
- Lancaster, Roger. *Life is Hard: Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua*. Berkeley: University of California Press, 1992.
- Lemus, Karla Renee. "De la violencia social a la violencia sexual: ¿Existe una relación?" *Reflexiones en torno a la sexualidad y el género*. Ed. José Toro-Alfonso. Guatemala: F y G Editores, 2007. 89-106.
- Menjívar, Cecilia. *Enduring Violence: Ladina Women's Lives in Guatemala*. Berkeley: University of California Press, 2011.
- Mirande, Alfredo. "Macho": Contemporary Conceptions." *Men's Lives*. Eds. Michael Kimmel y Michael Messner. Boston: Pearson, 2004. 28-38.

- Morales Ruiz, María Emilia. "La violencia domestica y el concepto de la invalidez aprendida." *Reflexiones en torno a la sexualidad y el género*. Ed. José Toro-Alfonso. Guatemala: F y G Editores, 2007. 65-88.
- Montoya, Rosario. "House, Street, and Collective: Revolutionary Geographies and Gender Transformation in Nicaragua, 1979-99." *Latin American Research Review* 38.2 (2003): 61-93.
- Prieto Carron, Marina, Marilyn Thomson, y Mandy MacDonald. "No More Killings! Women respond to femicides in Central America." *Gender-Based Violence*. Eds. Geraldine Terry, y Joanna Hoare. Oxford: OXFAM, 2007. 26-42.
- Priour, Annick. *Mama's House, Mexico City: On Transvestites, Queens, and Machos*. Chicago: University of Chicago Press, 1998.
- Red de la no Violencia contra las Mujeres. "Informe de Guatemala sobre Violencia Intrafamiliar para la Audiencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH)," 2006. Recuperado el 17 de junio, 2010 de [http://www.alianzaintercom.org/files/doc/1167176212\\_1167167473\\_Informe%20Guatemala.pdf](http://www.alianzaintercom.org/files/doc/1167176212_1167167473_Informe%20Guatemala.pdf)
- Russell, Diana y Roberta Harmes, eds. *Femicide in Global Perspective*. New York: Teacher's College Press, 2001.
- Sagot, Montserrat y Ana Carcedo Cabanas. "When Violence against Women Kills: Femicide in Costa Rica, 1990-1999." *Terrorizing Women: Femicide in the Americas*. Eds. Rosa-Linda Fregoso y Cynthia Bejarano. Durham: Duke University Press, 2010. 138-156.
- Salas, José Manuel. "Acerca de la masculinidad. Algunas discusiones y tareas pendientes." (2002). Recuperado el 15 de octubre, 2012 de <http://institutowemcr.org/articulos/index.htm>
- Salas, José Manuel. "La mentira en la construcción de la masculinidad." (s.f.). Recuperado el 15 de octubre, 2012 de <http://institutowemcr.org/articulos/index.htm>
- Salas, José Manuel y Álvaro Campos Guadamúz. "Trabajo con hombres y desde la masculinidad. Apuntes para una discusión." (s.f.). Recuperado el 15 de octubre, 2012 de <http://institutowemcr.org/articulos/index.htm>
- Sanford, Victoria. "From Genocide to Femicide: Impunity and Human Rights in Twenty-First Century Guatemala." *Journal of Human Rights* 7 (2008):104-122.
- Sheffield, Carol. "Sexual Terrorism." *Gender Violence: Interdisciplinary Perspectives*. Eds. Laura O'Toole, Jessica Shiffman, y Margie Kiter Edwards. New York: New York University Press, 2007. 110-128.
- Smith, Carol. "Race-Class-Gender Ideologies in Guatemala: Modern and Anti-Modern Forms." *Comparative Studies in Society and History* 37.4 (1995):723-749.
- Socolow, Susan. *The Women of Colonial Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
- Stern, Steven. *The Secret History of Gender: Women, Men, and Power in Late Colonial Mexico*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995.
- Stolcke, Verena. "Conquered Women." *NACLA* 24.5 (1991): 23-28.
- Trujillo, Hilda. "Femicide and Sexual Violence in Guatemala." *Terrorizing Women: Femicide in the Americas*. Eds. Rosa-Linda Fregoso y Cynthia Bejarano. Durham: Duke University Press, 2010. 127-137.
- Walsh, Shannon. "Engendering Justice: Constructing Institutions to Address Violence Against Women." *Studies in Social Justice* 2.1(2008): 48-66.
- Wilding, Polly. "New Violence": Silencing Women's Experiences in the Favelas of Brazil. *Journal of Latin American Studies* 42.4 (2010): 719-747.

## APÉNDICE

### Ejemplar de entrevista

1. ¿Cómo se involucró en la promoción de la igualdad de género?
2. En su opinión, ¿cuáles son las ideas y costumbres que sostienen la desigualdad de género en Guatemala?
3. ¿Cómo defines el sexismo? Ejemplos.
4. ¿Cómo crees que estas ideologías y costumbres contribuyen a la violencia de género?
5. ¿Crees que estas ideologías y prácticas también dañan al hombre?
6. Si crees que el sexismo también perjudica a los hombres, ¿los hombres hablan de ello?
7. ¿Qué modelos de la masculinidad ha tenido en su vida?
8. ¿Cómo influyó en usted la crítica del machismo?
9. ¿Cómo intenta comunicar esta visión a otros hombres en los talleres?
10. ¿Ha encontrado barreras en su trabajo? ¿Cuáles?

